

Libros

Libros

Historia de todas las cosas, de Aguilera Garramuño



Héctor D'Alessandro*

Tras terminar *Historia de todas las cosas*, novela de Marco Tulio Aguilera Garramuño, hubiera querido exclamar como Gracián al leer a Marcial, que las musas al acabar de leer su obra no pudieron poner “finis”, sino “fenix”, puesto que lo que deseé infinitamente fue que continuara la fiesta de la lectura. Este libro fue publicado cuando su autor, quien había nacido en Bogotá, tenía 26 años de edad, nada menos que uno de los números de Dios. A Marco Tulio lo conocí hace casi un año en la república de Internet y en setiembre en persona en Barcelona. Un hombre tranquilo e inteligente con una mesurada y humorística distancia respecto de su estereofónica imagen en los medios; un hombre además generoso intelectualmente y entusiasta.

La biografía de esta novela me llevaría muchas cuartillas y recomiendo a los entusiastas que lean el libro de ensayos *Poéticas y obsesiones*, del mismo autor, donde narra la génesis de su novela, *Seda entre las manos*.

Breve historia de todas las cosas, que así se tituló esta obra en su primera edición de los años setenta, ha perdido aquello de breve que parecería irónico. La novela actual es enorme, gigante, grandota, mamotrética. Y sobre todo “desfachatada” y “exuberante”, fueron los dos primeros adjetivos que me vinieron a las mientes

nada más con comenzar a leerla y continuaban acosándome muchas páginas más tarde. Perteneció a la tradición, por su prosa, de Cervantes y Quevedo, y por la exageración hiperbólica de los gestos y acciones de sus personajes, a la del doctor Rabelais.

Como hablar sale gratis, algunos han dicho que se parece a *Cien años de soledad*, y es posible entender la razón de tal comparación, incluso decir, como se dijo, que era una parodia de aquella novela, y es cierto también que esta novela se parece a sí misma más que a otras, es única y original en tanto no se le puede comparar con ninguna otra novela que haya leído.

El pueblo que le da contexto a la acción y cuya historia se narra a través de sus personajes que se antojan infinitos e inagotables, llamado San Isidro de El General de la Quebrada de los Chanchos, también llamado en la novela una suerte de “Aquítequedas” y “el culo del mundo”, es un pueblo realmente existente en la república de Costa Rica, de la cual Marco Tulio debe ser ya por lo menos ciudadano más que ilustre.

El sistema de comparaciones, alusiones e imaginaria, que los franceses nos enseñaron a distinguir para desasnarnos acerca de la catadura

* Escritor uruguayo residente en Barcelona, coach de Programación Neurolingüística. Autor de *El Cucaracho* y otros cuentos <http://psicocuantico.blogspot.com/>

del narrador, marca el mapa del territorio literario y es festivo y diferente y sobre todo lleno de alusiones cultas a la tradición literaria universal.

Hay una “mar oceana” de comparaciones jocundas, vitales, preindustriales, pueblerinas y jugosas por todo el orbe de la novela, como puede haberlas en *Cien años de soledad*, solo que en la obra de Gabo son solemnes, y en las de Marco Tulio, supremamente graciosas y felices: hay “un calor que multiplicaba la imagen” (¿cómo no lo va a haber?), hay la “pestilencia a orín de coneja en el sobaco del Vladimiro que alborotaba a las niñas”. Hay incluso la exageración de chiste de que algunas personas ante la duplicación de los objetos por el calor a cierta hora del día “no sabían por cuál puerta entrar en sus casas”, hay un violinista que asesina a todos los pájaros de alrededor con sus prácticas del instrumento musical, hay un negro que despierta de un sueño profético con un objeto en sus manos que lo conducirá a su propósito en esta vida, hay monjas de malos hábitos que salen volando y que parecen aletear con sus manos burlándose de la candidez de Remedios la bella, hay una especie de iluminado que hace cantar a la naturaleza vegetal y que habla con Dios como por teléfono, hay un tal Benjuil Mnemjián que haría palidecer al Blacamán de Gabo, hay compositores famosos que interpretan violines Peugeot y trompetistas que hacen sonar trompetas de oro que anuncian el nuevo mundo, hay gringos escapados de Vietnam y gran cantidad de putas, unas muy sofisticadas (la “Sietecolores” y otras de una vulgaridad escalofriante, por ejemplo), hay prostíbulos de rubias auténticas y rubias falsas y hay prostíbulos de burras finas y muy educadas... y hay tantas cosas, personajes, situaciones, que uno no puede evitar pensar en el Aleph de Borges, pero ampliado, hasta la respetable cantidad de 515 páginas. 515 páginas que se antojan breves. No sé quién dijo que las buenas novelas, cuando son largas, parecen breves. Y las malas novelas, cuando son breves, se hacen eternas.

Todo lo anterior, ese maremágnun de situaciones y personajes bizarros y muy queribles, se encuentran en medio de un arbolado de alusiones a las más diversas tradiciones, que al lector culto le hacen disfrutar y relamerse: Pepe Kar-

don, el escéptico, un personaje, un bagazo que se la pasa en el parque, cuando acaba con algo, no es con cualquier cosa, sino con “el porvenir de una ilusión”. Una cierta dama es, en alusión a la poemática homérica, la “de los pesados senos”. Hay un “desierto de amor y un marmuerto de poesía”. Y hay en todo esto un juego constante y sistemático que es lo más inteligente de la novela a mi entender: el modelo que escoge Marco Tulio para entroncar su novela con una tradición y el modelo que escoge para situar su territorio imaginario en una tradición imaginaria colectiva. El uso acertado de la alusión a las grandes obras de las tradiciones filosóficas Occidental y no Occidental para abaratarlas, para devolverlas a la tierra, al barro, revolverlas un poquito entre el pueblo, demuestra que el propósito de esta novela no es un poco más de turismo folclórico en las vidas de unos seres extraños, sino ir más allá e inscribir conscientemente a la novela en una tradición de la Gran Novela del Mundo. Y en este sentido ganó la partida. Joyce dijo que había escrito unas novelas fáciles para buscarse un sitio y una complicadísima para tener a los profesores y a la crítica ocupados durante centenares de años. Marco Tulio comenzó a la *visconversa*: hizo primero la obra difícil y luego las fáciles. Por eso García Márquez le profetizó que nunca volvería a escribir a este nivel. Y es justamente a esto donde nos lleva la novela: a un gran nivel.

Y el punto más alto de la misma es un aspecto que la emparenta con Guillermo Cabrera Infante de manera mucho más conexas que con cualquier otra tradición. Su deseo voluntario y llevado a cabo con éxito de jugar con las palabras y con las frases, sobre todo las frases hechas, esa especie de taras del lenguaje y conducir las por el derrotero jugueteón que a Marco Tulio le dio la gana.

Es esta una novela donde se inventan palabras todo el tiempo. Desde el bautismal “frenápteros” con el que se advoca a los seres de mente alada y los “frenólitos”, seres de pensamiento petrificado, hasta los “saúdes” seres hechos exclusivamente para el amor, pasando por un bestiario personal que conforma todo un nuevo universo personal, curiosamente al alcance de cualquier buen lector. Este eje conceptual estará en función mientras dura la novela. Milan

Kundera, para crear personajes e ideas filosóficas que sustenten a sus narraciones, busca en lo “denso” y lo “leve” en Nietzsche, Marco Tulio, como latinoamericano, lo inventa todo, incluso los conceptos desconocidos hasta ese momento para sustentar su creación. Imagino a un personaje de su pueblo de novela, situado en un mundo circunferencial en el cual el culo está en todas partes y el ojete en ninguna, diciendo o declarando que “Aquí no necesitamos a ningún Nietzsche”. (Lo ven, ya se me contagió, esto es lo que pasa con las novelas oníricas, rimbombantes, espectaculares y lúdicas, que se le meten a uno entre las sinapsis como un virus y se ponen a andar solitas).

Pero, ¡alto! Sigán porque hay más invenciones, hay “trascendenteadicto”, hay “intelectontos”, hay una mujer “espectacular”, un “latrocínico”, hay “intelectontos”, “nariztotélicos” y acontecimientos “tempestivos”.

Y no acaba ahí, va mucho más allá, porque entre otras joyas, hay también la destrucción calibrada del sinsentido común, puesto que hay un “vulgar hierro frustrado”, hay un “fructuosa mente”.

Y no acaba aquí la magia de esta extraordi-

naria novela inventada por un estudiante universitario porque se aburría en clase de filosofía, no les cuento más para que lo investiguen ustedes y disfruten como yo lo hice sorprendido.

El camino de la novela nunca es recto, está lleno de bifurcaciones sin jardín y con flora, que en el momento menos pensado alude a elementos que dejan de ser metafóricos y por obra del grande ingenio de Marco Tulio, pasan a ser “meta(ysaca)fóricos”.

Algo para leer y no dormir, para cultivar un buen y productivo insomnio, para quedarse asombrado como ese personaje medio nerudiano adaptado a la convivencia en San Isidro de los “grandes ojos fijos de pescado frito”.

Por último y para que no digan que no soy serio, *Historia de todas las cosas*, a diferencia de *Cien años de soledad*, tiene una perspectiva o propósito moral radicalmente distinto: al acabar la novela uno se queda con un buen sabor de boca, no queda aquella sensación bíblica de condena del mito de García Márquez, sino que abrimos la puerta a un mundo de esperanza, de belleza, de dificultades y, de un modo significativo, de colaboración entusiasta en la incompleta obra de Dios. ■

Párrafos de aire, de Fredy Yezzed

Jorge Boccanera

Integrante de las últimas promociones de poetas de Colombia, el escritor Fredy Yezzed llegó recientemente a Buenos Aires para presentar la compilación *Párrafos de aire*, que reúne trabajos de los autores más representativos de su país natal.

El poeta nació en 1979 y ha sido un visitante asiduo de Buenos Aires, en 2010 obtuvo con su libro “La sal de la locura” el Premio de Poesía “Macedonio Fernández”. Yezzed señala en diálogo con Télam que en el mapa de las letras argentinas son varios los cultores del poema en prosa, Oliverio Girondo, Al-



fonsina Storni, Jorge Luis Borges, Enrique Molina y Alejandra Pizarnik, entre otros.

Aunque puntualiza, citando a Díaz-Plaja en su libro *El poema en prosa en España*, primera antología en lengua española en recoger esta modalidad, que fue Leopoldo Lugones con su libro *Las montañas del Oro* (1897) quien inauguró el género en Argentina. Yezzed confiesa que se acercó con prejuicios al poema en prosa, una forma que en primera instancia se le presentó como “difícil y torpe”, aunque luego encontraría en ella —dice— algo “ideal para hablar de los movimientos líricos del alma, las ondulaciones del ensueño y los sobresaltos de la conciencia, como dice Baudelaire”. Subtitulada *Primera antología del poema en prosa colombiano*, la obra *Párrafos de aire* fue editada por la Universidad de Antioquia y viene antecedida por un extenso estudio sobre el tema, una investigación minuciosa en la cual el compilador traza las coordenadas históricas de esa forma que Juan Ramón Jiménez denominó “poema seguido” y Rubén Darío “romanza en prosa”.

Yezzed señala que si bien la mención de la forma aludida remite inmediatamente a sus precursores (Aloysius Bertrand con su libro *Gaspar de la noche* y Charles Baudelaire con *Los pequeños poemas en prosa*) hay críticos que van más atrás en el tiempo y mencionan al libro *Himnos a la noche* de Novalis.

Otras influencias poderosas se encuentran, subraya Yezzed, en *Los cantos de Maldoror* de Lautréamont: “donde las posibilidades de forma y tema del poema en prosa llegan a límites más inesperados”; y en Rimbaud: “En *Las iluminaciones* y en *Temporada en el infierno* resalta una composición abierta y anárquica”.

En América Latina, las raíces del poema según el compilador de *Párrafos de aire*, están en el modernismo, y menciona al Rubén Darío de *Azul* y las tempranas traducciones de textos de Baudelaire a cargo del poeta cubano Julián del Casal.

“Del Casal es el primer poeta latinoamericano que traduce quince poemas en prosa de Baudelaire para la revista *La Habana elegante* en 1887; un año después vino *Azul* de Darío, libro donde los instantes más sutiles y la fluidez de la mejor prosa recuerdan a Baudelaire”, explica Yezzed.

Los mexicanos —agrega— reseñan como uno de los cultores de esta forma a Manuel Gutiérrez Nájera, que seguro debió leer al francés en su idioma. En el caso colombiano encontramos en José Asunción Silva esa intensidad y agudeza crítica que tanto admiramos en Baudelaire cuando retrata al hombre moderno.

*Sobresale entonces el nombre de Silva entre los poetas más importantes y de mayor popularidad de Colombia, además de voces posteriores que fueron medulares en la franja de la vanguardia, como Luis Vidales “sobre todo en la sección de Estampillas de su libro *Suenan timbres de 1926*” y León de Greiff “con una poesía donde identificamos fácilmente la influencia de Aloysius Bertrand”.*

Yezzed subraya otros nombres: “Está nuestro César Vallejo, con su libro titulado precisamente *Poemas en prosa*, y el Neruda de *Anillos y Residencia en la tierra*, aunque quizás el paradigma más interesante se da con Vicente Huidobro en *Altazor y Temblor de cielo*”.

Párrafos de aire, que reúne a 36 poetas nacidos entre 1865 y 1980, incluye a las voces consagradas de Jorge Zalamea, Eduardo Carranza, Héctor Rojas Herazo, Jaime Jaramillo Escobar, Juan Manuel Roca, quienes si bien confluyen en la poesía en prosa, muestran una evidente diversidad estilística.

Al interrogante de si esta modalidad del poema en prosa es frecuentada por autores de las últimas promociones (varios de ellos incluidos en esta compilación) Yezzed señala que le resultó grato convocar a estos nuevos poetas: “Que poco a poco se van abriendo con fuerza un lugar en el panorama colombiano, como Juan Felipe Robledo, John Jairo Junieles, Felipe García Quintero y Lucía Estrada”.

*Estos poetas dan cuenta en sus creaciones de un cúmulo de lecturas y autores que admiran y que escribieron poesía en prosa. Además, tras la publicación de *Párrafos de aire* me contactaron jóvenes con libros inéditos de poesía en prosa que demuestran una atracción particular*